

EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 395

Alicante 29 de Junio de 1878.

Año IX.

LA EDUCACION.

Todos estamos convencidos de la corrupción de costumbres que aqueja á nuestra sociedad, así como también de lo necesario que es aplicar un pronto y eficaz remedio que cure todos estos males, procedentes sin duda alguna de varias causas, pero especialmente de la mala educación que hoy día suele darse á la juventud.

Preciso es, aunque por otra parte nos sea muy lamentable y doloroso, tener que confesar esta enfermedad que aqueja á muchísimos miembros de nuestra sociedad contemporánea, y que cual la gangrena en el cuerpo humano vá consumiéndola poco á poco. Sería una necesidad engañarnos á nosotros mismos haciéndonos creer lo contrario, y lo más prudente es que sin dejarnos llevar por nuestra frialdad y egoísmo hasta mostrarnos indiferentes ante tan graves males, y lejos de acobardarnos á su vista como lo hace el débil niño cuando el miedo embarga su ánimo infantil, que en vez de reunir todas sus fuerzas y combatirle con vigor, desfallece á su presencia y deja de obrar absolutamente; debemos nosotros reunir todas las nuestras

y mostrarnos fuertes cual la invencible roca, que en medio de la embravecida mar se mantiene firme resistiendo con calma y energía los rudos embates de las olas que tratan de sepultarla para siempre en el inmenso piélago del Océano, y buscar con energía y calma un pronto y eficaz remedio á los graves males que arriba dejamos indicados, no dudando que, si así lo hacemos, más tarde ó más temprano hemos de conseguir nuestro fin apetecido sacando á la sociedad de la abyección en que se encuentra, y elevándola por medio del cumplimiento de los preceptos santos de la divina Religión del Crucificado, al estado de mayor adelanto y florecimiento posible.

El hombre, como sér dual compuesto de espíritu y materia, de cuerpo y alma, no puede prescindir de la educación, puesto que esta es al espíritu lo que al cuerpo es el alimento y demás cuidados, que siempre y principalmente en nuestros primeros años de vida nos son necesarios para nuestra conservación y desarrollo. Así como un niño criado á los pechos de una nodriza enferma contrae el mismo mal que esta tiene, siendo de difícil curación las enfermedades adquiridas de este modo, así el individuo que no ha tenido una buena educación adquiere vicios y malas pasiones, de que

es muy difícil librarle cuando ha llegado á una edad provecta.

Por la misma causa el jóven que en sus primeros años es abandonado á sus instintos y no es cuidado y educado con esmero por los padres, verdaderos agricultores y directores de su espíritu, es casi un imposible hacerle marchar por la senda recta de la cual, una vez puesto en ella, nunca hubiera salido, si el ejemplo y los consejos de sus causantes hubieran iluminado los primeros pasos de su vida sobre este mundo tan escabroso y lleno de dificultades y peligros.

Continuo combate sostienen en el hombre el espíritu que siempre trata de obrar el bien, y la corrompida materia que con facilidad suma practica el mal: siendo la educacion cristiana poderosísima fuerza para poner fin á esta lucha, haciendo que con sus sábios preceptos adquiera el espíritu la fortaleza que necesita para no dejarse dominar por la materia, y para someter á esta á su imperio y acertada direccion.

Basta lo dicho para demostrarnos lo importante y necesario que es una buena y esmerada educacion, para poner remedio á nuestros males y para conseguir que nuestras modernas costumbres se modifiquen y reformen con arreglo á los preceptos de la moral católica, único norte y guia del que jamás deben separarse los encargados de educar á la juventud, así como tampoco se separan los marinos en sus nocturnas navegaciones de la estrella polar ó del Norte, ese faro natural que la omnipotente mano del Señor supo colocar en la sidérea region del firmamento.

La buena educacion del individuo es

la base más segura y el cimiento mas sólido sobre los cuales debe descansar la sociedad, siempre que esta buena educacion se funde en los sanos principios de la moral y en las verdades eternas de nuestra sacrosanta religion.

La sociedad formada por individuos educados fuera de la religion católica y de la moral cristiana, es pronto arrastrada y removida por las tempestades y huracanes de las pasiones desbordadas y del error que todo lo invade, como la débil arena es violentamente agitada en confuso torbellino por las trombas del desierto levantadas á impulsos del abrego furioso.

Educad á los individuos con arreglo á los sublimes preceptos de la moral y religion católicas, y tendreis como premio de vuestros esfuerzos buenos ciudadanos que serán la base de familias excelentes. Dadnos individuos educados por medio de estos sanos principios, y en breve tendreis buenos y felices Estados en los que todo será paz y ventura, en los que el súbdito obedecerá y respetará al supremo imperante, en los que este cuidará y velará con la solicitud debida por la prosperidad y grandeza de sus gobernados, en los que las artes, las ciencias y la literatura se mostrarán florecientes, y en los que, por fin, reinarán por todas partes la moralidad y la justicia.

El matrimonio, verdadero cimiento y germen de la sociedad, es el gran elemento que hoy dia emplear debemos para moralizar á la misma educando cristianamente á los individuos, puesto que de la reunion de matrimonios se forma la sociedad. Si el marido y la mujer son verdaderos católicos, no de palabra sino

prácticos ó de hecho, porque *fides sine opéribus mortua est*, no lo dudeis, sus hijos tambien lo serán y entonces la sociedad se habrá salvado.

La mujer por si sola puede hacer mucho en la educacion de sus hijos, pero ayudada por su marido es indudable (é innecesario pues que lo probemos) que dicha educacion se verificará en el más alto grado de perfeccion posible.

Este deber de educar á los hijos, impuesto á los cónyuges, es de derecho natural y emana por consiguiente del mismo Dios, verdad esta enseñada por la Religion verdadera, la predicada y notificada al hombre por boca del mismo Hijo del Eterno que tambien pone esta obligacion entre los deberes de los cónyuges; siendo, pues, esto lo bastante para demostrarnos nuestro primer aserto, esto es, que el matrimonio es poderosísima palanca que hoy como siempre necesitamos emplear, para que por medio de ella podamos librar á la sociedad de la corrupcion que proviene de la mala educacion que se dá á los jóvenes, de la ignorancia por parte de los que van á contraer el sacramento del matrimonio de las grandes obligaciones ó deberes que se imponen al verificarlo, y por fin de la falta de creencias y el poco respeto por parte de los que le contraen á la celebracion del mismo, que es uno de los actos más interesantes y trascendentales de esta vida y de los que por desgracia menos suelen meditarse.

Inútil es que dirijamos la vista en torno nuestro en busca del matrimonio modelo, de la perfecta y bien organizada familia necesaria para llevar á feliz término la moralizacion de la sociedad por

la del individuo, porque no la encontraremos mas que en nuestra sábia y santa religion católica; ella es la única que puede suministrarnos el apetecido modelo, ella la única que sabe unir á los esposos, que son á la vez la base sobre que descansa la familia y el origen de la misma, por los dulces lazos de un cristiano amor, enalteciendo á la mujer al mismo tiempo que ennoblece los sentimientos del marido, y marcando los derechos de uno y otro dice á la primera: ya dejaste de estar sumida en la esclavitud, y dando sábio consejo al *marido* le preceptúa y notifica que no esclavice á su mujer puesto que es su compañera.

¡Gloria á ti, sacrosanta Religion! que con tus preciosos y sábios preceptos, pudiste sacar á la mujer de la degradacion en que se encontraba elevándola al rango de compañera del hombre para que fué criada.

Muchos critican, mejor dicho, todos criticamos la mala y defectuosa educacion de la juventud moderna, mas pocos son sin embargo los que tratan de poner remedio á tan grave mal, por conceptuar de difícil consecucion el llevar á pronto y feliz término esta colosal empresa, harto dificultosa en verdad, pero no tanto como á primera vista parece. Trabajemos cada uno dentro de su esfera, trabajemos todos dentro de nuestros propios hogares, cuidando de que los individuos sometidos á nuestra direccion y vigilancia estén física y moralmente bien educados segun las ya indicadas reglas prescritas por aquella sábia y veneranda religion nacida sobre la elevada cumbre del Gólgota al espirar el Hijo del Eterno, el cual la selló con su preciosa y divina

sangre, y habremos conseguido nuestro objeto. Propongámonos desde este mismo instante poner en práctica esta innegable verdad, y á costa de muy poco trabajo lograremos alcanzar nuestro fin apetecido, obteniendo al mismo tiempo que la sociedad adquiera sobre sí misma el glorioso triunfo de conocer y desechar sus degradantes vicios y fatales errores, para obrar según el espreso mandato de Dios y las intimaciones de nuestra propia conciencia.

Faustino Menendez Pidal.

CRÓNICA RELIGIOSA.

Dicen de Roma con fecha 13 de Junio al *Univers*:

«Nuestros noticieros están en vena de inventar paparruchas. Las inventan acerca de la presencia del Cardenal Arzobispo de Paris, y no quiero detenerme en ellas. Las inventan sobre otros personajes y otras cuestiones, y acerca de esto quiero decir algunas palabras.

Se habla mucho, por ejemplo, de los motivos que llevaron á Roma y retienen en ella á monseñor Ceconi, Arzobispo de Florencia. Sus amigos aseguran que se ocupa únicamente en terminar su gran obra sobre el Concilio, obra que había puesto bajo la protección de Pio IX. Sus enemigos llegan casi hasta á anunciar que está encerrado en las prisiones de la Inquisición. Todo menos esto. Como el joven prelado está simplemente alojado en el Seminario Capranica, nos atenemos á lo que dicen sus amigos, y notemos que en Florencia los revoluciona-

rios firman una protesta contra él: esto último pareceme serle muy ventajoso.

Los periódicos del Quirinal y sus ecos en el extranjero anuncian que el Papa está enfermo y afectan verter lágrimas de compasión sobre Leon XIII, prisionero de los Cardenales intransigentes. ¡Ah! Si estos Cardenales le dejasen libre, saldría del Vaticano, iría al Pincio ó sobre el camino de Santa Inés á respirar el aire de la campiña romana. Pero ¿qué importa á esos Cardenales que el Papa muera? Y hay todavía en Francia buenas gentes que no perdieron la costumbre de fiarse de la prensa revolucionaria, y telegrafian á Roma: *Decidnos la verdad cruda. ¿Está el Papa gravemente enfermo? Respuesta pagada.*»

Esta cruel y cínica burla, que duró veinte años del Pontificado de Pio IX, y que sirvió de texto ó de pretexto á tantos despachos de nuestros embajadores á Napoleon III, no terminó aún; vuelve á resucitarla la revolución á propósito de Leon XIII. Puedo aseguraros que el Papa goza de buena salud, se halla mejor que en los primeros días de su reinado, ora porque trabaje ménos en su despacho, ora porque se haya habituado á este trabajo forzoso. Tiene excelente apetito y da grandes paseos por los museos y los jardines.

Es verdad que en el Quirinal se desearía que el Padre Santo saliese de su palacio, esperando con alguna apariencia de fundamento una especie de conciliación ó *modus vivendi*. Pero en el Quirinal se tienen pensamientos é intereses cada día más opuestos á los pensamientos é intereses de los ministros, los cuales se apresurarian á cometer nuevos actos de

violencia contra la Iglesia, si pudiesen suponer la posibilidad de una inteligencia entre la monarquía y el Pontificado.

La prensa se divierte en decir que Leon XIII es prisionero de los Cardenales. La verdad es que Humberto es prisionero de los ministros. La monarquía de Leon XIII tiene para nosotros el valor de un principio y de un hecho, contra los cuales la revolución no podrá jamás prevalecer. La monarquía de Humberto es una *fiction*. La misma ley lo dice.

Durante los tres últimos días que siguieron al atentado contra el emperador Guillermo, los sectarios de Italia consintieron en cubrir sus rostros con una máscara de simpatía hacia el anciano monarca. Pero cambiando M. de Bismarck, por un motivo ó por otro, de papel y haciéndose perseguidor de las pasiones que audazmente desencadenó, arrojan la máscara los sectarios, se interesan por el asesino Nobiling, y se desencadenan contra el canciller en artículos que tienen por título: *El Terror blanco*.

Sería necesario en efecto ser muy simple para admitir el horror de los italianos por el atentado de Berlin. En Italia los asesinos son héroes y mártires. Se rodean sus nombres de una aureola de respeto, se les conserva gratitud, no se olvida que la unidad nacional con todas sus consecuencias es debida á Orsini, el cual desde lo alto de la guillotina gritó: «¡viva Italia y viva Francia!» Como si su mirada, rasgando los velos de lo porvenir, entreviese ya la *Commune* en Paris y la revolución en el Quirinal.

La monarquía subalpina ha firmado

un decreto concediendo una pensión á la viuda de Agesilao Milano, asesino del rey de Nápoles.....

Habeis publicado la carta del Padre Santo al duque Salviati. Esta carta disipa todas las dudas acerca de la facultad dada á los católicos de tomar parte en las elecciones municipales y provinciales. Ahora atañe á los católicos interpretar el pensamiento del soberano Pontífice y usar con calma y resolución de la facultad concedida.»

Leemos en el *Osservatore Romano*:

«Nuestro Santísimo Padre el Papa Leon XIII se ha dignado nombrar, por decreto de la secretaria de Estado, al eminentísimo y reverendísimo Cardenal Di Petro, protector de la venerable cofradía del Hospital de los Naturales de Iliria.

»El mismo Santísimo Padre, por decreto de la secretaria de Estado, se ha dignado también contar entre los purpurados miembros de la santa Congregación ceremonial á los eminentísimos y reverendísimos Cardenales de Lucca, Mónaco, Bartolini, Pellegrini y Franchi.

»Su Santidad ha concedido esta mañana el honor de ser admitido en audiencia particular al Almo colegio Capranicense, presidido por el reverendo Canónigo D. Francisco Vinci Guerra, Rector del mismo, acompañado de los demás superiores.

»De esta audiencia formaban parte también el Arzobispo de Florencia, el limosnero secreto de Su Santidad y otros varios Prelados y Sacerdotes, alumnos en otro tiempo de dicho colegio.

»El Padre Santo ha recibido á aquella escogida reunion, deseosa de tributarle un testimonio de filial adhesion y sincera obediencia, con las más patentes señales de su paternal benevolencia.

»Al mismo tiempo el rector del colegio ponía humildemente en manos del augusto Gerarca supremo de la Iglesia un breve Mensaje latino, expresion de los sentimientos que animaban á él y á sus discipulos hácia su Sagrada Persona.

»Después de esto, Su Santidad se dignó devolver benígnamente á todos los alumnos y superiores palabras del más alto y merecido elogio, bendiciéndolos con toda la efusion de su alma, y complaciéndose, finalmente, mientras los admitia á besar su sagrada diestra, en querer conocer los nombres de los alumnos y de las diócesis á que pertenecen.

»Más tarde se trasladó el Padre Santo á la sala del Consistorio, donde recibió en audiéncia á un considerable número de personas de ambos sexos y de diversas naciones.»

La derrota del neo-catolicismo en Merig.

Escriben al *Bien Público* de Gante:

«El mismo dia en que el atentado de Berlin demostraba con una triste experiencia la proximidad de ese peligro social, que tantos optimistas de buena ó mala fé se obstinaban en negar, una tierna ceremonia manifestaba en Baviera la vitalidad de esa fé católica que tantos hombres trabajan en arrancar del seno del pueblo. La parroquia de Merig, de la diócesis de Ausburgo, habia sido, aparentemente al menos, una de las pri-

meras conquistadas por el cisma; su cura, llamado Runflete, se habia pasado al viejo catolicismo y habia permanecido dueño de la iglesia parroquial.

Los verdaderos fieles, en comunion con su Obispo y con la iglesia, viéronse obligados á buscar un refugio en una Iglesia provisional, construida de madera. Pero, poco á poco, pasado el primer momento de sorpresa, empezó la gente á huir de la Iglesia del sacerdote desertor, y al fin, cansado este de su aislamiento, obtuvo del obispo cismático Reiqteins su traslacion á una parroquia del gran ducado de Baden, donde esperaba alcanzar mejor éxito.

Después, sin trabajo, y á consecuencia del abandono del puesto, la iglesia parroquial volvió á poder de su legitimo poseedor, y el 2 de Junio vino el Obispo á purificar el santuario profanado por el cisma, y á restaurar el culto católico. Una multitud compacta llenaba el lugar santo; después de las ceremonias entonó el Obispo el *Te Deum*, que los fieles continuaron en aleman en medio de una indescriptible emocion. En seguida fueron en procesion á la iglesia provisional, ahora inútil, á buscar al Santísimo Sacramento, que ha sido trasladado triunfalmente á su nueva morada. El Obispo, recordando en pocas palabras cuánto le habia afligido la desercion de algunos de sus hijos, y cuánto le alegraba su vuelta, bendijo á la multitud. Esta ceremonia dejará en este pueblo una impresion piadosa que no se desvanecerá en mucho tiempo.»

VARIEDADES.

DISCURSO

pronunciado por M. Chesnelong en la primera sesion de la Asamblea general de los Comités Católicos de Francia.

Monseñor:

Su eminencia, el Cardenal Arzobispo de Paris, cuya alta proteccion da á todas nuestras obras una fuerza tan grande y tan precioso valor, debió abrir esta noche estas modestas sesiones de los Comités Católicos. Pero él nos bendice de léjos; yo á lo menos lo creo así; ¿podemos siquiera sospechar que no está con nosotros cuando vuestra grandeza se ha dignado reemplazarle?

Nosotros hallamos en vos, Monseñor, todas las virtudes que le hacen digno de veneracion, y especialmente aquella bondad cuyo secreto para atraer vos, como él, poseeis, y que muchos atribuyen á la piedad, á la dulzura y á la gracia.

Dios habia hecho vuestras almas semejantes antes de unir las en el mismo trabajo. Nosotros no sabemos separarlas, y hé aquí por qué el elogio, que en este momento sale del corazon de esta Asamblea, se dirige á la vez al padre de cuya presencia nos vemos privados y á aquel cuya presencia es para nosotros un honor y una dicha. (*Aplausos*)

Monseñor, señores:

El siglo en que vivimos es nuestra patria en el tiempo, como el país en que estamos es nuestra patria en el espacio. Debemos, pues, amar á nuestra época y

á nuestro país. Existe sin duda alguna en el alma de los cristianos un amor superior que los eleva por encima del tiempo y que se extiende más allá de los límites de nuestro país. Pero este amor fortifica los otros dos amores y les da nueva vida ennobleciéndolos. (*Muy bien, muy bien.*)

Si, debemos amar á nuestra época, porque Dios nos la ha dado, porque Dios ha puesto nuestra vida en este camino. Así se puede decir á un siglo como á un hombre: es preciso amarle para decirle la verdad con fruto y obrar sobre él con eficacia. Debemos amar así á nuestro país, porque encierra nuestros recuerdos y los objetos de nuestro cariño, nuestras tradiciones y nuestras esperanzas; y porque este país se llama Francia, que ha dejado á través de los siglos una estela de grandeza y de gloria, de valor y de luces, y que cualesquiera que sean las vicisitudes de su destino, las hará servir siempre á las necesidades de la civilizacion, de la verdadera civilizacion, sin renegar de ella jamás. (*Bravos y aplausos.*)

El momento actual es oscuro; el horizonte está lleno de nubarrones; lo porvenir es un enigma para los talentos más claros. Pero no desesperemos. Los cristianos deben tener siempre esperanzas, porque deben confiar en Aquel que hizo el tiempo, y al cual pertenece siempre la última palabra.

Para preservarse á la vez del pesimismo que desanima y del optimismo temerario, es preciso abrazar en nuestra época, bajo un solo golpe de vista, dos objetos muy diversos.

La lucha es ardiente, profunda, y en el orden de los principios implacable. Asistimos á una batalla colosal entre el

bien y el mal. Pero en fin, todo combate tiene sus peripecias que causan emociones diversas, y no debemos perder de vista que, si el mal es bastante amenazador para escitar nuestras alarmas, el bien es bastante enérgico para escitar esperanzas. (*Muy bien, muy bien*).

El bien, señores, está aquí, delante de mi, á mi alrededor. ¿Cómo he de poder dejar de rendirle homenaje?

La autoridad, en todas partes ahora debilitada, se fortifica tan solo en el Catolicismo por medio de una adhesión de día en día más afectuosa y más completa á las enseñanzas de aquella Cátedra de Pedro, que lleva en sí misma con la promesa de la inmortalidad la certeza de una luz infalible. Nuestro episcopado y nuestro respetable Clero no han estado nunca al servicio de tan altas virtudes, ni han dado nunca pruebas tan evidentes de tantas virtudes. Nuestros institutos religiosos nos dan el espectáculo de la fuerza en la austeridad, de la ciencia y de la elocuencia en la sencillez, del sacrificio en la caridad, y, cuando llega la hora, del heroísmo en el martirio.

Léjos, á gran distancia de estas manifestaciones sagradas de la fé católica, crecen y se multiplican las obras de devoción láica. La sociedad de San Vicente de Paul, que siempre merece el primer puesto porque ha sido la iniciadora, gana cada año en extensión sin perder nada del ardor de sus primeros días. A su ejemplo, numerosas obras de oración, de patronato, de caridad, de enseñanza, se han fundado durante los últimos treinta años para responder con su variedad á todas las diversas necesidades de nuestro tiempo. ¿Quién puede calcular á qué suma se

eleva el fondo constituido en todas estas obras por la generosidad voluntaria y el asombroso desprendimiento de los católicos? Al mismo tiempo el movimiento religioso se afirma y se extiende; jamás nuestras iglesias han albergado en lo que va de siglo tan gran número de fieles; jamás se ha visto tan inmenso número de cristianos afirmar su fé sin desfallecer, y defenderla sin la menor debilidad.

La enseñanza católica aumenta también sus fundaciones. Para la educación popular, los Hermanos de nuestras escuelas son en todas partes, con sus sólidas virtudes, mérito modesto, valerosa abnegación, modelos que desarman con el éxito las más celosas rivalidades. En la instrucción secundaria, los grandes cuerpos religiosos rivalizan en ciencia y devoción, y sus casas son dignas de los mayores elogios, y demuestran su valor y mérito con sus brillantísimos resultados. Innumerables establecimientos dirigidos por Hermanas de diferentes órdenes ofrecen á las jóvenes hijas de todas las condiciones escuelas que parecen santuarios, y en las cuales, á la pureza de la piedad, se unen la seria cultura del espíritu para preparar mujeres que sean la felicidad de sus maridos.

Y para coronar estas obras, las universidades católicas, de creación todavía reciente, y que ya han dado pruebas de lo que son y de lo que prometen. París y Lila han abierto la marcha; vosotros sabéis con qué esplendor; Angers les ha seguido despues, y no ha tardado en alcanzarles. Lyon y Tolosa han entrado á su vez en el camino, y los primeros resultados hacen esperar un rápido progreso. Saludemos, señores, á estos dig-

nos herederos de nuestras antiguas universidades, y nuestro reconocimiento hacia sus fundadores corresponda á la grandeza de sus esfuerzos y á la importancia capital de su obra. Enviemos también el testimonio de nuestras simpatías á esa juventud valerosa y creyente, que coloca en nuestras universidades el esfuerzo del talento á la altura de la integridad en la fé y de la dignidad de la vida. Ella es la mejor esperanza de Francia, y con la ayuda de Dios, será un día su honor. (*Aplausos.*)

¿Y no son un bello testimonio de la propagación católica las reuniones que la semana última celebraron en este mismo recinto, animados por una voz que no tiene rival en elocuencia, los Círculos católicos de obreros que con su fé, inteligencia y celo resucitan en nuestra sociedad las nobles tradiciones del trabajo cristiano y del patronato cristiano?

Y nosotros mismos, cuando esta semana excitamos formando una sola alma el amor de la Iglesia y el amor de Francia, que siempre deben permanecer inseparables, ¿no sentimos que el soplo de la esperanza cristiana atraviesa nuestros corazones y les infunde aquellos sentimientos que no pueden faltar?

Hé aquí, señores, uno de los aspectos de nuestra época. Pero debo hablar también del segundo aspecto.

No nos forjemos ilusiones. El mal progresa; penetra en sitios en que nunca había penetrado, y se presenta en todas partes con una audacia punto menos que inverosímil.

El ateísmo, esta última expresión de la impiedad, que hasta aquí había estado encerrada en los estrechos límites de al-

gunas almas tenebrosas, como para burlar los remordimientos, aparece en todas partes y vive en sistemas que humillan la razón y destruyen la conciencia.

Bossuet escribió estas magníficas palabras: «La naturaleza humana conoce á Dios, y por este solo motivo es inmensamente superior á los animales.» El materialismo tiende á degradarnos hasta el punto de colocarnos al nivel de los animales. Esta doctrina abyecta que deshonra al hombre, esta doctrina de decadencia que conduce á los pueblos por los caminos de la degradación á la servidumbre, encuentra hoy adeptos que la proclaman y sectarios ciegos que la siguen.

No se tiene respeto al estado del pueblo. Se abusa de su credulidad; se pone fuego á los combustibles de sus pasiones; se saca partido de sus sufrimientos. Se trabaja para arrancarle las creencias, que son la fuerza de su vida, y las esperanzas, que son su consuelo. Se forma á su alrededor una conjuración para inspirarle saña y menosprecio contra la Iglesia católica, que será siempre su sosten, su asilo, su divina libertadora.

Y las palabras mismas son un espejo de la confusión de las ideas. La palabra humana ha perdido su verdadero sentido; la confusión ha ocupado el puesto de la claridad. Se llama al mal bien, y el bien es tratado como enemigo, y hemos visto la realización de las enérgicas frases que Bossuet dirigía á los libre-pensadores de su tiempo: «Blasfeman de lo que ignoran y trastornan todo lo que saben.»

Parece que este contraste entre la marcha ascendente del bien y el desarrollo progresivo del mal ha estallado ha-

ce poco, en dos manifestaciones contrarias.

Hemos perdido un Papa ilustre y amadísimo, que era á la vez una gloria de la Iglesia y una de las figuras más grandes de este siglo. Apenas subió al trono pontificio, dió una prueba evidente de la magnanimidad de su alma. La amnistia fué su primer acto, al mismo tiempo que tomó la iniciativa para más largas reformas, y no paró hasta llegar al punto en que las concesiones del Pontífice habian comprometido la mision pacífica y la independencia necesaria del Pontífice. La revolucion destruyó sus nobles designios; su primer ministro cayó bajo el puñal de los asesinos, y el mismo Padre Santo hubo de buscar en el destierro un asilo que le preservase de ser victima del crimen.

Las armas de Francia le abrieron las puertas de Roma. Acogido con entusiasmo por las poblaciones y sostenido por su confianza, contestó á su amor con un reinado bienhechor, hasta que la guerra de Italia le sujetó á nuevas pruebas. Una parte de sus Estados fué arrancada á su soberanía; la jornada de Castelfidardo, tan gloriosa para los vencedores, dió por resultado que se redujese su dominio; Mentana sólo pudo garantizarle por algunos meses el último resto de su soberanía temporal. El despojo fué completo: la ciudad de los Papas, la ciudad eterna, fué convertida en capital de un reino, y Pio IX se encerró en el Vaticano, de donde no debía salir ya hasta despues que la muerte hubiese iluminado su frente con la aureola de una santidad de todos reconocida. (Vivos y unánimes aplausos.)

Durante diez y siete años fué solo rey de las almas. Pero su reinado fué tranqui-

lo, respetado y grande. El mundo entero pasaba por delante de Pio IX, inclinandose para recibir su bendicion; y Pio IX hablaba al mundo con una elocuencia única é incomparable, cuyos acentos parecian venir de más alto que la tierra, y en la cual se veia una fé superior á toda prueba, un valor superior á la adversidad, una firmeza que desafiaba las injusticias, una bondad que la ingratitude no habia podido alterar. (¡Muy bien, muy bien!) En él se veia al grande hombre, al héroe, al Santo, y su vejez parecia dar en los últimos tiempos carácter más tierno á su majestad, sin amortiguar por esto su esplendor. (Bravos prolongados.)

Pio IX ya no existe; pero Pio IX ha legado al universo católico, como triple corona, los tres grandes actos de su glorioso Pontificado: la proclamacion del dogma de la Inmaculada; la reconstruccion, por el *Syllabus*, de la verdad social, y la infalibilidad pontificia. Esto permanecerá siempre, y basta para atraer sobre el inmortal Pontífice eternas bendiciones.

Al divulgarse la noticia de su muerte, de uno á otro extremo de Francia solo se oian las manifestaciones de los corazones católicos representadas por pruebas mil de respeto y de dolor. Las iglesias de nuestras ciudades y aun las más modestas capillas de las más humildes aldeas eran pequeñas para contener á los fieles que acudian á rendir al inmortal Pontífice el último testimonio de afecto. Y esto era puro, era bueno, era, en el verdadero sentido de la palabra, una manifestacion católica, porque era universal. Era también una manifestacion nacional: Fran-

cia daba pruebas de su fé en la unanimidad de su veneracion por esta dulce y santa memoria.

Y pocos dias después, León XIII fué aclamado con una rapidéz que lleva el sello de providencial; y entonces la Francia católica reconoció que este Santo Pontífice, de tan vasta ciencia, de tanta profundidad de doctrina, de una firmeza tan probada, de tan alta sabiduria, de una virtud tan completa, seria en adelante el jefe de la Iglesia y el Padre de las almas, y la alegría y la esperanza se dibujaron en todos los semblantes, y esto fué como un segundo acto de fé nacional.

En estas dos memorables circunstancias, Francia se ha mostrado tal como es, de un modo natural, espontáneamente, sin vana ostentacion y sin ruidosas manifestaciones; lo diré más claro: se ha mostrado profundamente cristiana en todas las fibras de su corazón y en todos los impulsos de su alma.

Nosotros hemos visto nacer en estos últimos dias la manifestacion de un carácter completamente opuesto. Hablo del centenario que, despues de haber sido anunciado con tan gran número de proclamas, ha venido á morir en huecas declamaciones sobre las táblas de un teatro.

Este hombre, que habia sido dotado de un espíritu tan prodigioso y de tan vastas facultades, pero que hizo de estos extraordinarios dones un uso tan lamentable: este malhechor intelectual que ejerció sobre su siglo en una tan triste influencia; que fué una potencia, pero sin grandeza, porque no hay grandeza donde falta la moralidad de la inteligencia y la dignidad del alma; este *soi dissant* após-

tol de la tolerancia, que preparó con su cinismo las extravagancias del crimen, que provocó la risa impia del siglo xviii, á la que debia seguir tanto derramamiento de sangre; este insultador del genio que falsifica la historia, prostituye la poesía, convierte la filosofía en escuela de difamacion, que se mofa de todo, de los poderosos y de los débiles, de las glorias más puras y de los sacrificios más desinteresados, de la Religión y de la patria, de la virtud y del honor nacional; este despreciador universal que causó tantos estragos y labró tantas ruinas, se quiere que sea el representante de Francia y el espíritu precursor de sus destinos.

Aplastemos al infame, era su grito de guerra y el *infame* era el Divino Crucificado, delante del cual, hacia diez y ocho siglos, se doblan todas las rodillas, se postra la fé, se inclinan las potencias, los genios inclinan la cabeza y los orgullosos sienten herido su orgullo, el *infame* era el que es la fortaleza de la virtud, la esperanza de los arrepentidos, el sosten de los débiles, el consuelo de los desgraciados, el socorro supremo de los oprimidos, el *infame* era nuestro Señor, nuestro Dios, nuestro Señor Jesucristo.

¡Se quería que Francia se reconociese ella misma en el hombre que habia arrojado á la faz de Dios y á la faz del mundo esta terrible blasfemia! ¡Se quería que esta Francia, que ha podido tener sus horas de irreflexible cólera y de frívola ligereza, pero que ha conservado siempre su buen corazón y el alma de siempre, aceptase la solidaridad de una apoteosis que entrañaba la apostasia de su fé. Esto era imposible, señores, y por

esto no se realizó. (Bravos y aplausos prolongados.)

Queda aún, gracias á Dios, una Francia cristiana, que no ha dado á nadie el derecho de apostatar en su nombre. (Aplausos.)

Pero esta segunda manifestacion es un sintoma que muestra el deseo premeditado, querido, proseguido con tenacidad, de romper la antigua alianza de la Iglesia y de Francia.

Vosotros proclamais con vuestra presencia en este sitio la excelencia de esta alianza; yo vengo á demostrar su necesidad.

No nos dejemos engañar por los juegos de palabras, como dice Montaigne. Se habla de la separacion de la Iglesia y del Estado, y esta es la fórmula convenida por cierta escuela, Pero en el fondo, ¿de qué se trata?

(Se continuará.)

CULTOS RELIGIOSOS.

Domingo.—En la Colegial, á las nueve, misa conventual.

En Santa Maria, á las ocho y media, misa mayor.

En la Misericordia, á las nueve, misa solemne con orquesta y sermon que predicará el Dr. D. Juan Antonio Polo, cura de la misma, en honor á Jesus Sacramentado. Por la tarde, á las seis, saldrá la procesion del Corpus de dicha iglesia.

Lunes.— En las Capuchinas, á las siete de la mañana, se celebrará un Aniversario por todos los asociados difuntos, y en este mismo dia á las cinco y media

de la tarde, principiará una novena al Sagrado Corazon, con exposicion del Santísimo Sacramento, dándose la bendicion en el último dia.

Martes.—En las Agustinas, á las siete, misa de renovacion, y por la tarde, trisagio.

Jueves.—En las Capuchinas, á las seis, misa de renovacion, y por la tarde, trisagio.

En la Colegial, á las siete y media, y en Santa Maria á las ocho y media, misa de renovacion.

ADVERTENCIA.

Terminado el primer semestre del corriente año, hemos entregado los recibos de todos los suscritores de esta provincia que están en descubierto, para que se sirvan satisfacerlos á su presentacion, suplicándoles que no dejen de hacerlos efectivos para evitar los perjuicios que irrogarian á esta administracion, si dejasen de abonar su importe.

Rogamos á los Sres. Suscritores de fuera de la provincia se sirvan remesar el importe de dicho semestre por medio de libranzas del giro mútuo, porque no nos es fácil espedir los recibos como lo hacemos con los de esta provincia.